

## XII

## La punta de la oreja.

Al entrar en el salón el bandido, cruzó una rápida mirada con el guapo Raul, se inclinó cortésmente ante la señora Caussade y, volviéndose en seguida hacia Servian, le designó con la vista á los criados, que se habían detenido en el dintel.

—Me parece que esos caballeros están aquí de más—dijo con voz poco segura;—acostumbro á no hacer nada delante de criados. Tenga usted la bondad de enviarlos á la habitación inmediata. Nada absolutamente tengo de malhechor, se lo juro; además, ¿no sabe usted que por sí solo vale tanto como seis gendarmes?

Servian hizo una indicación á los criados, que salieron del salón, cerrando la puerta al mismo tiempo.

El ladrón saludó de nuevo á la señora Caussade con un desembarazo que contrastaba singularmente con sus ropas y con su presunta condición.

—Señora—le dijo:—el modo de presentarme

ante usted es tan extraordinario, que ante todo debo suplicarle acepte mis humildes excusas por esta manifiesta violación de todas las leyes impuestas por el decoro.

—Pero este hombre no es ninguno de los que me han atacado—dijo Estela, quien desde que entró el bandido le miraba con una especie de desilusión;—los tres tenían unas barbas espantosas.

—Aquí está la del señor—dijo Servian, sacando del bolsillo la barba postiza.

Este imprevisto incidente avivó más aún el decidido interés que la escena inspiraba á la joven.

—¡Un disfraz!—exclamó.—Pero, ¿esto es cosa de novela?

—Una verdadera novela, señora—dijo el bandido, sonriendo con toda amabilidad;—el papel que represento no se anuncia, convengo en ello, bajo colores muy halagüeños; pero tiene la heroína tales encantos, que me atrevo á esperar de ella un poco de indulgencia. Es imposible que no sea buena, siendo tan hermosa.

La señora Caussade miró sucesivamente con expresión de asombro á aquel ladrón de aca-

démico lenguaje, á Servian, cuya fisonomía expresaba gran esfuerzo de atención perspicaz, y á Tonayrion, quien, á pesar de sus esfuerzos por aparentar impasibilidad, parecía experimentar inquietud inexplicable.

—¿Comprende usted algo de esto?—dijo Estela, dirigiéndose á Servian.

—Si dijera que sí, me adularía—respondió éste;—pero es posible que el señor Tonayrion pueda facilitar á usted la clave del enigma.

—No sé lo que quiere usted decir, caballero—dijo el guapo Raul pataleando, sin darse cuenta de ello, como si el piso le abrasara las plantas de los pies.

—El señor tiene razón—dijo el ladrón;—¿á qué conduce prolongar por más tiempo un *imbroglio* que ya no tiene objeto? Por mi parte declaro que soy amigo abnegado; pero hasta el calabozo *exclusive*. Mi barba desapareció; vamos ahora con la careta. Vaya, Tonayrion, cede de buen grado y empieza por presentarme á esta señora de modo un poco menos irregular.

—¡Este miserable está loco!—exclamó Tonayrion, lanzando al ladrón una mirada relampagueante.

—¡Loco!—replicó éste sin conmoverse;—tú eres más bien el que me causa extrañeza. ¿Sabes que este señor, que está en todo, ha enviado á buscar á los gendarmes? ¿Pretendes, quizás, que yo me deje llevar á la cárcel con esposas en las manos? Pilades acaso no hubiera hecho otro tanto por Orestes; y has de saber que yo no soy Pilades.

—Está usted viendo que este desgraciado ha perdido el juicio,—repuso Raul, dirigiéndose á Estela con azoramiento;—permítame usted que le eche de aquí.

—Pero, si no tiene nada de loco—dijo Estela, cuya curiosidad había llegado al más alto grado.—Explíquese usted con toda libertad—continuó, encarándose con el hombre de la blusa.

—Pierdes el tiempo dirigiéndome esas miradas exterminadoras—continuó éste, sin dejarse intimidar por la furiosa pantomima de Tonayrion;—este es caso de fuerza mayor; los gendarmes están al llegar y ser discreto por más tiempo sería una estupidez. ¿Quieres presentarme á la señora, si ó no? No, ¿verdad? Pues bien, aquí tengo una cartita que va á servirme de recomendación.

El ladrón sacó del bolsillo un papel que pre-

sentó respetuosamente á Estela. Tonayrion se apresuró á tratar de apoderarse de él; pero Servian, que observaba sus menores movimientos, le detuvo con rápido ademán.

—Aguarde usted un poco, caballero—dijo, entregando la esquila á la señora Caussade.

El guapo Raul dejó escapar un silbido de rabia y alzó el puño, como para pulverizar cuanto se encontraba en torno suyo; este frenético ademán terminó sin efusión de sangre en la gorra que había dejado sobre una mesa en el momento más patético de su declaración amorosa.

—¡Cluzel, eres un infame!—exclamó, dirigiéndose al ladrón;—pero acuérdate de que has de perecer á mis manos ó yo á las tuyas.

Dicho esto, se precipitó fuera del salón.

—¿Desde cuándo te bates tú?—le gritó Cluzel.

Estela y Servian se miraron mutuamente; ella muy conmovida, él sonriente.

—Léame usted esta carta—dijo ella al fin;—todo esto me tiene trastornada.

Servian se apoderó de la carta y empezó por leer la dirección:

—«Señor Federico Cluzel, calle de Chantierine, París.»

—Servidor de ustedes—dijo el ladrón, saludando gravemente.

«Querido Cluzel—prosiguió Servian, pasando del sobrescrito al cuerpo de la carta:—Al recibir esta carta citarás á Balland y á Sabretat, con arreglo al artículo 4.º de nuestra Asociación tenoriesca y mefistofélica. Por el momento, á mí es á quien habeis de ayudar, abandonando cualquiera otra empresa que traigais entre manos. El asunto es éste: hace unos cuantos meses descubrí en las inmediaciones del bosque de Compiègne una joven, espiritual y encantadora viuda, que, aparte de estas cualidades, posee, sobre poco más ó menos, el millón de rigor. A esta amable personita le reservo la dicha de convertirse en la señora Tonayrion; pero es preciso para ello que le salve la vida ó el honor, ó cualquiera otra cosa por el estilo. ¡Esta es su manía! En su doble condición de viuda y de heredera, es endiabladamente caprichosa; y tengo previsto el momento en que, para permitirme que aspire á su mano, me exigirá que aprenda á bailar en el alambre; en fin, espero salir del apuro salvándola de algún peligro espantable. Pero, como los peligros son poco frecuentes, se trata de prepa-

rar uno que me lleve sin más escalas ni aplazamientos al puerto del matrimonio. El drama está escrito, sólo falta leerlo á los actores. Escuchadme y aplaudid. El miércoles próximo, á las nueve de su mañana, tú y los supradichos Salvetat y Balland os encontrareis en la encrucijada del Trieul, á un cuarto de legua de la carretera de Compiègne; Balland, que es cazador, conoce el sitio á que me refero. Trajes: blusas desgarradas, barbas formidables, aspecto de ladrones de caminos, garrotos y puñales. Se me figura que ya me has adivinado. Entre otras aficiones más ó menos belicosas, mi futura tiene la de pasear todas las mañanas por el bosque y pasa invariablemente por el sitio indicado. Os poneis los tres al acecho; llega la pieza con faldas y os precipitais sobre ella con las exterioridades más criminales que podais imaginar; si la víspera habeis perdido á la ruleta, es seguro que desempeñareis vuestro papel con más naturalidad. Yo, providencialmente, me encuentro en el sitio en cuestión y me arrojo sobre vosotros, sin armas; uno cualquiera tendrá la bondad de dejarse desarmar; y entonces, ¡combate encarnizado! Sobre todo, no os olvidéis de los puñales y de asestár-

melos al pecho; las mujeres tienen al puñal en gran estimación. No necesito añadir que al final resultareis ignominiosamente derrotados. Emprendéis la fuga, el drama se termina y lo demás corre de mi cuenta. A los tres meses se efectúa la boda y á ella estais invitados de antemano. No teniendo la presente más objeto que el que dejo expuesto, os deseo toda clase de prosperidades. *La unión hace la fuerza.*

TONAYRION.»

Durante la lectura de la carta, la señora Causade se ruborizó varias veces; y al terminarse, en lugar de formular alguna observación, permaneció silenciosa, con la cabeza caída y en actitud avergonzada.

—¿Esta carta ha sido dirigida á usted por el señor Tonayrion?—preguntó Servian, mirando fijamente al pseudo ladrón.

—Esa es su letra—dijo Estela, sin alzar la vista.

—Para destruir las sospechas que pesan sobre mí—respondió Cluzet,—es necesario que explique algunos fragmentos de esta carta, que seguramente habrán parecido á ustedes algo confusos. Algunos amigos míos y yo hemos formado

una Asociación por el estilo de la que se menciona en la célebre novela *La historia de los Trece*.

—¡Los devorantes! —interrumpió la señora Caussade, quien sabía de memoria aquella y muchas otras novelas.

—Precisamente, señora: Tonayrion es devorante, yo lo soy también; verdad es que en el ejercicio de esta profesión ni uno ni otro hemos devorado otra cosa que nuestro capital. Tonayrion, como ustedes han visto, había discurrido un medio muy agradable de rehacer la suya. Sometido á las reglas de la Asociación, me he visto en el caso de auxiliarle y confieso que lo hubiera hecho hasta el último extremo, si la defensa de mi honor comprometido no me hubiera obligado á romper el silencio; pero, señora (y permítame que apele á su buen juicio), ¿podía resignarme yo á pasar por más tiempo ante usted por un miserable ladrón?

En vez de contestar, la joven viuda miró á Servian, quien comprendió la significación de aquel signo tácito.

—Puede usted retirarse—dijo él á Cluzel con seriedad.—La señora accede á no ver en la con-

ducta de usted más que una calaverada que su juventud disculpa, pero que, dé repetirse, se haría acreedora á un castigo severo. Las hazañas de Don Juan Tenorio no son ya propias del tiempo en que vivimos; hoy día su menor castigo sería el ridículo; no lo olvide usted.

Abrió la puerta y, dirigiéndose á los criados, que habían permanecido á modo de centinelas en la habitación contigua, les dijo:

—Dejen ustedes salir al señor.

En lugar de apresurarse á usar de la libertad que se le devolvía, Cluzel miró á la señora Caussade con expresión conmovida.

—Acepto la calificación de atolondrado y de calavera—le dijo;—pero me desesperaría que me creyese usted un canalla. Cuando pienso en que la he asustado, siento deseos de darme de calabazadas. Se lo suplico, señora; en nombre de su belleza, muéstrese usted generosa; dígame que me perdona y que si la casualidad me acerca á usted alguna vez, no me tratará como á un paria.

—Le perdono—repuso Estela, que, al ver la expresión humilde del exbandido, no pudo reprimir una sonrisa;—tenga su horrible barba y márchese á escape antes de que lleguen los gendarmes.

Cluzel le dió las gracias con una mirada expresiva y volviéndose acto seguido hacia Servian, le dijo:

—Bien miradas las cosas, no es bofetada, sino puñetazo, lo que he recibido de usted: ahora bien, en un combate, y combate ha habido, los puñetazos no encierran nada injurioso. De modo que, si le es á usted lo mismo, dejaremos la cuestión en tal estado.

—Como usted guste—dijo Servian sonriendo;—bastante tiene usted ya con su desafío con el señor Tonayrion.

—¿Acaso se bate ese?—repuso el joven con expresión desdenosa.

Saludó por última vez á la señora Caussade, se guardó en el bolsillo la barba postiza y salió del salón con el mismo aplomo con que entrara.

Solos ya, Estela y Servian guardaron silencio durante unos instantes. Al fin, él se sentó cerca de ella.

—¿Y bien?—dijo con suave ironía,—¿y cuándo yo le hablaba de las plumas de pavo real?

—Se lo suplico—contestó la joven;—no me hable usted de ese hombre, ni hoy ni nunca. ¿No estoy ya bastante humillada? Su ironía es terrible;

no me agobie usted con ella. Lo que me consuela algo es que nunca le amé; se lo juro. Me deslumbraban sus fanfarronadas y eso fué todo. Pero, vuelvo á decirlo; no hablemos más de ello. ¿Qué decíamos ayer cuando vino á interrumpirnos?

Servian entendía hartó bien sus intereses para no seguir en el acto la conversaci3n en el nuevo terreno en que se planteaba.

—Se disponía usted—respondió—á indicarme el horrible crimen que me perdió en el concepto de usted.

—Así es, y voy á decirselo todo. Sobre todo trate usted de disculparse, bien ó mal; me siento tan desilusionada, que, para reanimar mi corazón, quisiera pensar bien de usted. ¿Recuerda usted nuestro viaje á Vichy?

—Recuerdo todo lo que á usted se refiere desde que la conozco.

—De entonces proviene mi cambio respecto de usted.

—¡Por favor, explíquese usted!

—Es difícil de decir—prosiguió Estela con turbaci3n;—¿cómo hacérselo comprender á usted? Cuando los salteadores detuvieron la diligencia,

me pareció... creí observar... quizás me equivocara...; pero, en fin, me pareció...

—Pero, ¿qué le pareció á usted? ¡Dígalo, por Dios!

—Que tenía usted miedo—dijo la joven, pronunciando estas palabras con rapidez y en voz baja.

—¿Y es ese el resentimiento que tenía usted conmigo?—exclamó Servian, cuya fisonomía inquieta se iluminó con una sonrisa llena de serenidad.

—Es bastante, me parece—repuso Estela, mirándole á hurtadillas.

—Y, aparte de eso, ¿tiene usted que reconvenirme de algo?

—No; pero contésteme usted: ¿me había engañado?

—No—dijo él, con acento apasionado,—no; porque tuve miedo, es verdad; y sólo el recuerdo de aquel instante me hace temblar todavía. Pero, ¿es usted mujer y no comprende? Usted estaba allí; aquellos miserables tenían armas; á la primera tentativa de resistencia podía tocar á usted una bala; ¿y no comprende usted aún que yo tuviera miedo?

La señora Caussade había inclinado la cabeza hacia atrás, entornando los párpados como para apreciar mejor la solidez del argumento; de improviso, mirando dulcemente á su enamorado, le dijo con expresión candorosa:

—No lo había adivinado; ¡y dicen que tengo talento!

Servian asió la mano que ella le tendía y la retuvo tiernamente entre las suyas.

—Y, aun suponiendo que yo hubiera experimentado el acceso de flaqueza de ánimo que usted suponía—dijo en tono de dulce reconvencción,—¿no hubiera resultado harto duro mi castigo?

—No se queje usted de mi maldad; antes, por el contrario, esté usted agradecido á ella. ¿Quién sabe? Quizás reconocía la misma causa que su miedo.

—¡El amor!—exclamó Servian.

—No es á usted á quien pudiera tildarse de ser mal adivino—respondió ella, sonriendo deliciosamente;—de una frase que trato de hacer obscura deduce usted una declaración.

—¿Se desdice usted de esa declaración, que constituiría mi felicidad?

—Eso lo sabrá usted más adelante. Lo único que hoy por hoy quiero decir á usted es que una persona indiferente no hubiera excitado tan violentamente mi enojo.

Los novios estaban sentados ante una ventana; al mirar al exterior, Estela divisó al señor Herbelin, que cruzaba la terraza con paso acelerado y con animado continente.

—Ahí está mi padre—dijo, retirando la mano de que Servian se había hecho dueño;—retire usted su butaca, deme mi bordado y adopte usted una actitud razonable.

—¿Sabe usted dónde se encuentra el señor Tonayrion?—preguntó el coronel.

—En su cuarto, supongo—repuso Estela.—¿Tiene usted que decirle algo?

—Algo, y aun algos—dijo el coronel con áspera entonación;—y, por de pronto, ¡buen viaje!

—¡Buen viaje!—exclamó Servian;—¿cómo sabe usted que se marcha?

—Sé que se marchará, ¡mil bombas! Me parece que ya es demasiado el honor que nos hace prolongando su visita.

—¿Ha recibido usted cartas de París?—dijo Estela con vivacidad.

—Sí, señora, he recibido cartas de París—replicó el coronel con la misma colérica entonación;—cartas instructivas y edificantes. Margeron ha tardado en contestarme; pero tenía sus razones para ello. ¿Quieren ustedes conocer su estilo? Escúchenme.

El coronel sacó del bolsillo un papel mal doblado y, con voz acentuada por el mal humor, leyó lo siguiente:

«Tan pronto como recibí tu carta, mi viejo camarada, me puse en campaña para el negocio de que se trata. Ahí van los antecedentes y noticias que he obtenido y cuya autenticidad te garantizo. Tonayrion (Juan Raul), de treinta años de edad, aproximadamente, es hijo de un perfumista de Lyon, exdependiente de notario, actualmente sin oficio, ni beneficio, ni capital. Su padre le legó cien mil francos, evaporados en los actuales momentos; muy conocido en los garitos clandestinos y, lo que es peor, en Santa Pelagia (1). El año último, perseguido encarnizadamente por sus acreedores, marchó á Argel con el propósito de establecer allí una industria cualquiera, es de-

(1) Título de la cárcel de París en que se encerraba á los deudores. — *N. del T.*

cir, la de desplumar á los colonos; pero se encontró con que éstos eran más listos que él; eso es lo que sin duda llama él su «campana de Constantina». En cuanto á su valor, es más que dudoso. Es uno de tantos fanfarrones como andan por esos mundos; un lobo que sólo á los corderos acomete. Se le conocen, sin embargo, dos desafíos; uno á pistola, á treinta y cinco pasos, con un pobre diablo medio ciego; el otro, á espada, con un muchacho de diez y siete años que en su vida había tenido un acero en la mano; ¡los hirió á los dos! Si tu encantadora hija, para quien te encargo un buen abrazo, fuera lo bastante loca para casarse con un bribón de esa especie, harás muy bien en imponer tu capital en renta vitalicia, á menos que te sientas lo bastante pollo todavía para lanzarte por segunda vez al matrimonio, lo cual, querido camarada, es harto aventurado á nuestra edad. Siempre tuyo,

MARGERON.»

—¡Bueno! ¿Y qué me dicen ustedes de esto?—preguntó el coronel, quitándose violentamente las gafas.—Ahora mismo voy á notificar al señor Tonayrion que se largue con viento fresco cuanto antes. No necesito en mi casa semejante ma-

marracho; y que no me excite la bilis, porque entonces...

—Padre mío, todo es inútil—dijo Estela suavemente;—según todas las apariencias, el señor Tonayrion está haciendo su equipaje en este momento y antes de la hora del almuerzo se habrá marchado.

—¿Eres tú quien le ha despedido? ¡Ven que te abrace!

La joven viuda relató los acontecimientos ocurridos durante aquella mañana. Al enterarse del simulacro de rapto, el coronel sintió exacerbarse su cólera; pero aquel arrebato se calmó en el momento en que Estela confesó, no sin ruborizarse, que se había reconciliado con Servian.

—¿Ves cómo yo tenía razón?—dijo entonces el señor Herbelin, restregándose alegremente las manos;—estaba seguro de que nuestro amigo era tan valiente como yo mismo. ¡Ah, soy de la antigua escuela! Me encantan las novelas que acaban en boda. Puesto que te empeñas en que no vaya á tirarle de las orejas al intrigante de Tonayrion, te complaceré; pero con la condición de que vas á otorgar tu mano á Servian, ahora mismo y delante de mí.

Ambos novios cambiaron una sonrisa.

—¿De qué se ríen ustedes?—preguntó el coronel.

—De que esa orden llega un poco tarde—replicó Estela, quien, con ademán lleno de donaire, puso su mano en la de Servian.

—¡Solapada!—dijo el señor Herbelin, besando la frente de su hija, en tanto que estrechaba con vigorosa cordialidad la mano de su futuro yerno.

En aquel mismo instante se abrió la puerta y Félix Cambier entró precipitadamente en el salón, con el rostro radiante y el brazo derecho en cabestrillo.

—¡Félix!—dijeron tres voces simultáneamente.

El alumno de Saint-Cyr se quitó la gorra con la mano izquierda y la arrojó negligentemente sobre el canapé. Se inclinó acto seguido ante la señora Caussade con arrogante galantería y adoptó una actitud de gran seriedad para saludar á su tío y al coronel.

—¡Qué cosa más rara!—dijo Estela, mirándole con atención;—el lobo le mordió á usted en el brazo izquierdo y resulta que tiene usted herido el derecho.

—¡Te has batido!—exclamó Servian.

Félix acentuó su seriedad é hizo un gesto á su tío para que se callara.

—Pero, ¿cree usted que se ha batido?—dijo el señor Herbelin.—Con razón se dice que ya no hay niños. Vamos, Félix, no se ponga usted colorado y cuéntenos eso; ya ve usted que estamos en familia.

No obstante su turbación, el alumno de Saint-Cyr no deseaba más que hablar.

—Mi tío—dijo, adoptando una actitud modesta,—habrá quizás referido á ustedes la triste disposición de espíritu en que me hallaba al ausentarme de esta casa. Casi estaba decidido á arrojar-me al agua; porque, figúrese usted, coronel, que se me había metido entre ceja y ceja una idea muy poco agradable; la idea de que era un cobarde; ni más ni menos. Llego, pues, á París, con la muerte en el alma, y, por una feliz casualidad, la primera persona con quien tropiezo en el boulevard es Daligny, compañero mío de promoción, buen muchacho, buen tirador y de genio poco sufrido. Aquel día estaba él de mal humor; yo, apenado; para distraernos, nos fuimos á comer juntos y después á la Opera. En la Opera regañamos: él sostenía que Dupres canta mejor

que Rubini, y yo, naturalmente, sostuve lo contrario. Se acaloró la discusión, las pullas mortificantes reemplazaron á los argumentos. En una palabra, convinimos en batirnos; y al día siguiente, que era ayer, nos encontramos en el terreno.

—¡Bueno! ¿Y qué ocurrió?—dijo Servian, que seguía con vivo interés el acalorado relato de su sobrino.

—Pues ocurrió que todo salió admirablemente—respondió Félix con expresión jubilosa;—al ponerme en guardia sentí el temblorcillo que usted ya conoce; pero duró apenas un segundo. Una vez cruzados los aceros, no pensé más que en el asunto, que se presentaba dificultoso, pues Daligny tira, por lo menos, tanto como yo. Para terminar, simuló un quite y en el momento en que me disponía yo á pararlo en terciá, me asestó una estocada en el brazo, gritando: «¡Do de pecho!»—«Sol sobreagudo», dije en el acto, replicando con otra estocada en segunda, que le alcanzó en un costado. Heridos ya los dos, nos separaron, nos abrazamos y... ¡nada más!

—¿Y su herida?—dijo Estela, sonriendo á pesar suyo.

—No es más que un arañazo. Ahora ya sé á

qué atenerme acerca de la solidez de mis nervios y ya veo que el peligro, que á lo lejos parece algo, de cerca es nada.

—Ahora que ya has recibido tu bautismo de sangre—dijo Servian con gravedad,—conviene que te contentes con esta prueba. No todas las estocadas resultan arañazos.

—Uno mi consejo al de su tío—exclamó la señora Caussade;—bueno es ser valiente, pero tampoco está demás la prudencia.

—¡Diantre!—exclamó el coronel.—Se ha vuelto usted razonable, señora heroína; usted, que tanto despreciaba antes á los hombres prudentes. ¿Es quizás que la boda empieza á hacer efecto?

—¿La boda?—dijo Félix con estupefacción.

—¡Sí, mi teniente!—dijo el coronel riendo;—sepa usted que durante su ausencia y sin haber tenido la cortesía de solicitar su permiso, hemos concertado una boda, en la que usted será testigo, ¡pardiez! Vamos, en vez de abrir los ojos, como si le refiriera á usted la retirada de Moscou, bese usted la mano de su tía.

—¡Mi tía!—repitió el joven Cambier, volviéndose hacia Estela.

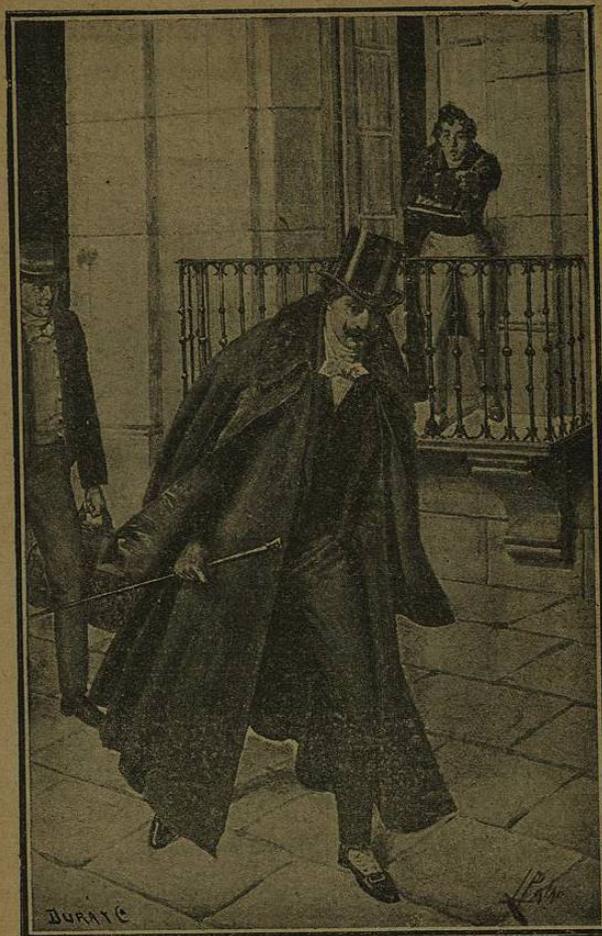
—Sí, amigo mío—dijo Servian, esforzándose

por atenuar el golpe que tan brusca é imprevista noticia asestaba al romántico adolescente;—la señora se digna ser tu tía. Tal título no puede menos de aumentar aún la respetuosa adhesión que le has dedicado y espero que siempre habrás de mostrarte digno de su benevolencia.

Al ver la consternación del joven y sus esfuerzos para no deshacerse en lágrimas, la señora Caussade sintió la afectuosa compasión que despierta siempre en el corazón de la mujer el dolor de un niño.

—Tendrá usted en mí una tía cariñosa; le reñiré lo menos posible—le dijo Estela con voz acariciadora.—Cuando haya usted incurrido en alguna falta que no se atreva á confesar á su tío, á mí debe usted darme cuenta de ella. Cuando salga usted de Saint-Cyr le regalaré una bonita dragona para el sable. Y después, cuando llegue usted á edad de contraer matrimonio, le buscaremos una mujercita amable, bonita y espiritual, á quien querrá usted mucho y que le hará tan feliz como merece.

Estas palabras, cuya jovialidad trataba Estela de hacer comunicativa, aumentaron la pena de Félix, en vez de consolarle. Imposibilitado para



—¡Señor Tonayrion!—exclamó.

contestar ni una sola palabra, con el corazón oprimido y los ojos arrasados en lágrimas que sólo el orgullo contenía, se alejó un tanto y fué á apoyarse en el balcón.

Servian le siguió sin parecer observar su dolor y, para darle tiempo de réponerse, le refirió las aventuras sucedidas aquella mañana y la completa derrota del señor Tonayrion. El relato surtió el saludable efecto que esperaba el narrador; á pesar de su pena, Félix fué gradualmente prestando mayor atención y en diversas ocasiones dejó escapar expresiones de menosprecio.

En el momento en que Servian terminaba su relato, el guapo Raul, seguido de un criado que llevaba su equipaje, cruzó la terraza por delante del balcón. Para salir de la casa no existía más que aquel camino, pues sin eso es lícito creer que no hubiera arrostrado voluntariamente el fuego de sus enemigos.

Al verle, la desesperación de Félix se convirtió en cólera, lo cual es ya un principio de consuelo.

—¡Señor Tonayrion!—exclamó el adolescente con voz resonante:—cuando sienta usted ganas de recibir una estocada, hágame el favor de ir á buscarme á Saint-Cyr.

En vez de volverse para contestar, el guapo Raul agachó la cabeza y apretó el paso.

—No se debe herir al caído—dijo Servian, poniendo la mano sobre la boca de su sobrino, que se disponía á reiterar su apóstrofe;—eso es lo que se llama la coza del asno.

—Para que la cita sea exacta—dijo Estelariendo,—sería preciso que el señor Tonayrion fuera un león auténtico, en vez de ser, como lo es, el asno disfrazado con la piel del león.

